

¿Una lengua una nación?

Luis FERNANDO LARA

Una de las leyendas de los estados modernos es que a cada lengua le corresponde una nación. Por siglos ha parecido obvio. Desde Isabel y Fernando en 1492 en España, Francisco I en 1539 en Francia, hasta el siglo XIX en México (Andrés Molina Enriquez, Alberto María Carreño y Francisco Pimentel) y el XX en los Estados Unidos de América (S. Hayakawa y el reciente movimiento *English only*) se ha recalado la idea de que una lengua es igual a una nación.

Molina Enriquez, por ejemplo, decía que «la nación es una unidad de origen, de religión, de tipo, de costumbres, de lengua, de estado de desarrollo, así como de deseos, de fines y de aspiraciones». En México, el mito de la lengua nacional ha tenido una larga historia. En el pasado la crítica progresista veía en la sobrevivencia de los pueblos indígenas mexicanos uno de los obstáculos para que nuestro país fuera moderno. La diversidad de las lenguas en nuestro territorio impedía la conformación de un ciudadano mexicano, diferente de sus ancestros, tanto españoles como indios. El mestizaje, superación de la lucha entre nuestras dos vertientes raciales, se plasmaba en la lengua y esta lengua no podía ser otra que la española. El mito llega todavía a nuestros días. Recordemos al presidente Cárdenas cuando, en 1934, sostenía que «nuestro problema autóctono no es el de preservar el carácter indio del indio ni el de indianizar a México; más bien es el de mexicanizar al indio».

Recordemos también que nuestra Ley Federal de Educación vigente sostiene que se debe procurar llegar a tener *una lengua común para todos los mexicanos* (aunque agrega, más como exorcismo de nuestro ritual indigenista: *sin menoscabo de las lenguas indígenas*).

Pero si todo fuera la construcción ideológica que da cuerpo a nuestra idea de nación, y si todo se quedara entre los deseos enunciados de una ley federal, quizá el mito se pudiera conservar inocuo, como tantos otros que crea nuestra sociedad.

Sin embargo, este mito aparece reflejado en reglamentos y leyes. Uno de ellos obliga a que todo mexicano que se presente a juicio debe hablar español; si no lo habla, debe estar acompañado por un traductor. *Traduttore traditore* reza el proverbio italiano y con razón, porque eso afecta directamente a nuestra población india. Por lo regular, los traductores son indios ladinizados que ejercen con la lengua la misma violencia que el conquistador desplegaba o que aún practican el mestizo y el criollo para apoderarse de tierras y hasta de personas.

¿Cuándo se formó el mito de que una lengua corresponde a una nación? ¿Cómo fue que vino a imponerse como una verdad absoluta? En España, casi 150 años antes que los reyes católicos, el rey Alfonso X el Sabio fue el primero que elevó el castellano a rango legal. Pero don Alfonso era un rey tolerante que no sólo reconocía la diversidad lingüística de sus dominios, sino que la aprovechaba.

Don Alfonso escribía poemas en gallego y tenía amigos entre los trovadores provenzales; acogía en su corte a sabios árabes y judíos y estaba al tanto de las discusiones universitarias latinas de Bolonia y de París. El mapa de las lenguas entre la península ibérica y la itálica era un continuo en el que las divergencias lingüísticas eran cuestión de estilo. (Así lo explicaba Bocaccio, por cierto, en cuanto al cambio del latín al florentino en Dante: cuestión de estilo.)

Si Alfonso el Sabio dio rango legal al castellano fue para unificar la impartición de justicia en los territorios reconquistados. En estos, los quinientos años de dominación musulmana habían ido creando divergencias en las leyes visigóticas (los fueros).

Sólo la creación del estado unificado en España, al inicio del descubrimiento de América, forzó el castellano como lengua nacional y expulsó a los árabes y los judíos de la península. Los árabes hispánicos, por su parte, fueron muy tolerantes: dejaban convivir en los territorios conquistados su fe con la de los cristianos; su ley con la visigótica precedente; incluso juzgaban exquisito adornar su poesía con citas del hablar romance: del mozárabe (las conocidas jarchas).

El mito, en consecuencia, no nació entonces: nació con el nacionalismo; es decir, con el esfuerzo de algunos pueblos europeos por darle un sentido a la imposición de una región sobre otras (como París sobre el resto de Francia y el francés de la *Ile-de-France* sobre la variedad lingüística de la antigua Galia).

O también por el deseo de superar la fragmentación política de varios pueblos que reconocían su cercanía lingüística (como el valor del florentino para la unificación italiana o el del alto alemán para las regiones centroeuropeas que soñaban con llegar a formar el Gran Reino). En cualquier caso, positivo o negativo, se violentaron las diferencias lingüísticas, como se puede observar hoy a propósito del bretón, el occitano, el vasco o el catalán en Francia, o del sardo, el siciliano o el calabrés en Italia.

Regresando a México, al inicio de la colonización los misioneros plantearon un reconocimiento de la diversidad lingüística en los territorios novohispanos (no estaban al tanto de la propuesta que Nebrija le hiciera a la reina Isabel en el sentido de unificar con el castellano a *tantos pueblos de peregrinas lenguas*).

La imposición del español durante la Colonia fue efecto de la violencia de los administradores de la Nueva España, más por imperialismo que por nacionalismo. La Ilustración de Carlos III justificó la unidad lingüística como principio de la igualdad ciudadana de todos sus subditos. Incluso el liberalismo de Mora o de Juárez partió de ese principio ilustrado.

Por lo tanto, es hasta el último cuarto del siglo XIX cuando, con el pensamiento europeo nacionalista, nos llega el racionalismo como doctrina salvadora y se forma el mito de la unidad nacional lingüística.

Es en este mito donde encontraron nuestros antepasados progresistas una fórmula y una doctrina de construcción nacional para continuar en este siglo la conciencia de los derechos humanos, negando las lenguas indígenas y expoliando a los indios. Seguimos imposibilitados de concebirnos a nosotros mismos como en verdad somos: una nación vibrantemente distinta. ¡Qué herencia!

Luis Fernando Lara es investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, director del diccionario de México.